Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

El país de los dulces

—Me llevaré la sombrilla roja de mamá, hace mucho calor y ninguno de los niños de la escuela tiene otra igual —dijo Lily un día, mientras atravesaba el vestíbulo.
—El viento es muy fuerte; me temo que si llevas esa cosa tan grande te la llevará el viento —dijo la niñera desde la ventana, mientras la sombrilla roja se balanceaba por el camino del jardín con una niña debajo.
—Siempre he querido subir en globo —respondió Lily mientras salía con dificultad por la puerta.
Todo fue bien hasta que llegó al puente y se detuvo a mirar por encima de la barandilla el agua que corría tan deprisa y las tortugas que tomaban el sol en las rocas. A Lily le gustaba tirar piedras al agua, así que se inclinó para buscar una, y justo en ese momento una ráfaga de viento estuvo a punto de arrancarle el paraguas de la mano. Se aferró a él con fuerza y salió volando como un cardo por los aires, por encima del río y de la colina, de las casas y de los árboles, cada vez más deprisa, hasta que la cabeza le dio vueltas, se quedó sin aliento y tuvo que soltarlo. El querido paraguas rojo voló como una hoja y Lily cayó hacia abajo hasta estrellarse contra un árbol que crecía en un lugar tan curioso que se olvidó del susto mientras miraba a su alrededor, preguntándose qué parte del mundo podría estar.

El árbol parecía de cristal o de azúcar coloreado, pues podía ver a través de las cerezas rojas, las hojas verdes y las ramas marrones. Un olor agradable le llegó a la nariz; y en seguida dijo, como haría cualquier niño:
—¡Huelo dulces! —tomó una cereza y se la comió. Estaba riquísima, toda de azúcar y sin carozo. El siguiente descubrimiento fue tan delicioso que estuvo a punto de caerse de espaldas, pues tocando con la lengua aquí y allá, descubrió que todo el árbol estaba hecho de caramelo. ¡Qué divertido era sentarse y romper ramitas de azúcar de cebada, cerezas confitadas y hojas que sabían a menta y sasafrás!
Lily se meció y comió hasta que terminó la copa del arbolito; luego bajó y paseó, haciendo más descubrimientos sorprendentes a medida que avanzaba. Lo que parecía nieve bajo sus pies era azúcar blanca; las rocas eran terrones de chocolate, las flores de todos los colores y sabores, y en aquellos árboles deliciosos crecía toda clase de frutas. Pronto aparecieron las casitas blancas, donde vivían las delicadas personitas de caramelo, todas hechas con la mejor azúcar y pintadas para que parecieran personas de verdad. Queridos hombrecitos y mujercitas, que parecían salidos de tortas de boda y bombones, iban por ahí vestidos de azúcar, riendo y hablando con las voces más dulces. Los bebés se mecían en cunas caladas y los niños y niñas de azúcar jugaban con juguetes de azúcar. Por las calles circulaban carruajes tirados por los caballos de cebada rojos y amarillos que tanto nos gustan; las vacas se

alimentaban en los verdes campos y los pájaros de azúcar cantaban en los árboles.
—Es la canción más interesante que he oído —dijo Lily, dando palmas y bailando hacia un palacio de caramelos de crema blanca, con pilares de palitos de menta rayados y un techo de glaseado que le daba el aspecto de la Catedral de Milán.

—Viviré aquí, y comeré dulces todo el día, sin la fastidiosa escuela ni los remiendos que me estropean la diversión —dijo Lily.
Así que subió corriendo los escalones de chocolate hasta las bonitas habitaciones, donde todas las sillas y mesas eran de caramelos de diferentes colores, y las camas de azúcar hilado. Una fuente de limonada suministraba la bebida; y los pisos de helado que nunca se derretía impedían que las personas y las cosas se pegaran entre sí, como lo habrían hecho si hubiera hecho calor.
Durante un buen rato, Lily estuvo muy contenta, yendo de un lado para otro probando tantos dulces diferentes, hablando con la gente pequeña, que era muy amable, y descubriendo cosas curiosas sobre ellos y su país.
Los bebés eran de azúcar común, pero los adultos tenían sabores diferentes. Las jóvenes tenían sabor a violeta, rosa y naranja. Los viejos sabían a menta, clavo y otras cosas agradables, buenas para el dolor; pero las solteronas tenían limón, marrubio, cálamo y toda clase de cosas agrias y amargas, y no se comían mucho. Lily aprendió pronto a conocer el carácter de sus nuevos amigos con sólo probarlos, y a algunos sólo los probó

una vez. Los queridos bebés se le deshacían en la boca, y las jovencitas de delicado sabor le gustaban mucho. El Dr. Jengibre la visitó más de una vez cuando tanto dulce le hizo doler los dientes, y le pareció un hombrecito muy irascible; pero le puso fin al dolor, así que se alegró de verlo.



Un niño con forma de gota de lima y una niña con forma de baya de dama rosa eran sus compañeros de juego favoritos, y se divertían mucho haciendo pasteles de barro raspando las rocas de chocolate y mezclando este polvo con miel de los pozos cercanos. Esto podían comer; y Lily pensó que eso era mucho mejor que amasar tartas, como tenía que hacer en casa. Tenían muy a menudo tiradores de caramelos, y hacían columpios con largos lazos de caramelos de melaza, y nidos de pájaros con huevos de almendra, de los que salían pájaros que cantaban dulcemente.
Jugaban al fútbol con grandes piruletas, navegaban en barcos azucareros por lagos de sirope, pescaban en ríos de melaza y montaban en los caballos de cebada por todo el país.
Lily descubrió que nunca llovía, sino que nevaba azúcar blanco. No había sol, pues habría hecho demasiado calor; pero un gran rombo amarillo hacía una bonita luna, y cometas rojas y blancas eran las estrellas.

Todos vivían a base de azúcar y nunca se peleaban. Nadie se ponía enfermo, y si alguno se rompía, como ocurría a veces con criaturas tan frágiles, simplemente pegaban las partes y volvían a estar bien. La forma en que envejecían era adelgazando más y más hasta que había peligro de que desaparecieran. Entonces sus amigos lo llevaban a un jarrón con cierto jarabe fino; y allí lo sumergían y sumergían hasta que volvía a estar robusto y fuerte, y se iba a casa a disfrutar durante mucho tiempo como nuevo.

Esto era muy interesante para Lily. Pero las bodas eran mejores, porque las preciosas novias blancas eran tan dulces que Lily deseaba comérselas. Los banquetes eran deliciosos, y todo el mundo iba vestido con sus mejores galas y bailaba en el baile hasta que se acaloraban tanto que media docena se pegaban y había que llevarlos a la sala de los helados para que se refrescaran. Luego la parejita se marchaba en un bonito carruaje con caballos blancos a un nuevo palacio en otra parte del país, y Lily tenía otro lugar agradable que visitar.

Pero, al cabo de un rato, después de haberlo visto todo y de haber comido tantos dulces que por fin deseaba pan con mantequilla, empezó a enfadarse, como hacen siempre los niños cuando se alimentan a base de dulces, y la gente pequeña deseaba que se marchara, pues le tenían miedo. El rey le ordenó que se fuera a casa, pero ella dijo:

—¡No me iré! —y le arrancó la cabeza de un mordisco, con corona y todo.

Fue tal el alarido que lanzó ante tan horrible hecho, que salió corriendo de la ciudad, temiendo que alguien pusiera veneno en su caramelo, ya que no tenía otro alimento.

—Supongo que si sigo caminando llegaré a algún lado; y no puedo morirme de hambre, aunque deteste la vista de esta cosa horrible —se dijo a sí misma, mientras se apresuraba en cruzar las montañas de Gibraltar que separaban la ciudad de Saccharissa del gran desierto de azúcar morena que se extendía más allá.

Lily avanzó valientemente durante largo rato, y al fin vio una gran humareda en el cielo, sintió un olor picante y un viento caliente que soplaba hacia ella.

Se arrastró con cuidado hasta que vio un asentamiento de pequeñas cabañas como hongos, pues estaban hechas de galletas colocadas sobre terrones de azúcar morena; y la gente, que parecía hecha de pan de jengibre, trabajaba muy afanosamente alrededor de varias estufas que parecían hornearse a gran velocidad.

—Me acercaré sigilosamente y veré que clase de gente es antes de mostrarme —dijo Lily, entrando en un bosquecito de árboles de especias y sentándose en una piedra que resultó ser el tipo de pastel al que solemos llamar Brighton Rock. Entonces uno de los hombres pasó por allí y la vio.

—Hola, ¿qué quieres? —preguntó, mirándola fijamente con sus ojos de grosella negra, mientras recogía enérgicamente la corteza de un canelo.

—Estoy de viaje y me gustaría saber qué lugar es este, si eres tan amable —respondió Lily muy educadamente y un poco asustada.
—El país de los pasteles. ¿De dónde vienes? —preguntó el hombre de jengibre con un tono de voz quebradizo.
—Llegué volando al país de los Dulces, he estado allí mucho tiempo; pero me cansé de ello y me escapé para encontrar algo mejor.
—¡Niña sensata! —y el hombre sonrió hasta que Lily pensó que sus mejillas se desmoronarían—. Te irá mejor aquí con nosotros.
—¿Podría hacerte una visita? Me gustaría ver cómo vives y qué haces. Estoy segura de que debe ser muy interesante —dijo Lily, levantándose tras una caída después de haberse comido casi toda la piedra; tenía mucha hambre.
—¡Vamos! Puedo hablar mientras trabajo —y el gracioso hombre de jengibre salió trotando hacia su cocina, llena de sartenes, rodillos y jarras de melaza.
—Toma asiento. Terminaré en cuanto haya horneado esta tanda. Todavía quedan algunos sabios abajo a los que les gusta el pan de jengibre, y tengo las manos ocupadas — dijo, corriendo de un lado para el otro, removiendo, extendiendo, y metiendo la masa marrón en moldes, que metía en el horno y volvía a sacar tan rápido que Lily supo que debía haber magia en alguna parte.
De vez en cuando le servía una deliciosa galleta recién salida del horno. El tipo le cayó bien y empezó a hablar, pues sentía mucha curiosidad por aquel país.
—¿Cómo se llama, señor?

—Ginger Snap.
A Lily le pareció un buen nombre; pues era muy rápido y se le antojó que podía ser breve y cortante si quería.
—¿A dónde va todo este pastel? —preguntó después de observar las otras cocinas llenas de trabajadores, que eran todos de diferentes tipos de pastel, y cada grupo de cocineros hacía su propio tipo.
—Te mostraré —respondió Snap, empezando a apilar los montones de panes de jengibre en un pequeño carro que corría por una vía que conducía a algún almacén desconocido.
—¿No te cansas de hacer esto todo el tiempo?
—Si; pero quiero que me asciendan, y nunca lo haré hasta que haya dado lo mejor de mí, y ganado el premio de aquí.
—¡Oh, cuéntamelo! ¿Cuál es el premio y cómo te ascienden? ¿Es una escuela de cocina?
—Sí; el premio al mejor pan de jengibre es un pastel de levadura condensada. Eso pone un alma en mí, y empiezo a elevarme hasta que soy capaz de ir sobre las colinas a la bendita tierra del pan, y ser una de las criaturas felices que son siempre saludables, siempre necesarias y sin las cuales el mundo de abajo estaría mal.
—Es lo más extraño que he oído hasta ahora. Pero no me extraña que quieras ir; yo también estoy cansada de los dulces y añoro un buen trozo de pan, aunque en casa solía desear pasteles y dulces.
—Ah, querida, aquí aprenderás mucho; y tienes suerte de no haber caído en las garras de la Dispepsia Gigante,

que siempre se ceba con la gente si come demasiada basura y desprecia el pan sano. Yo dejo el jengibre cuando me voy, y me pongo blanco y redondo y hermoso como verás. La familia del pan de jengibre nunca ha sido tan tonta como otros pasteles. El de boda es el peor; tal extravagancia en el modo de vino, especias y fruta nunca vi, ¡y tal desastre para comer cuando está hecho! No me extraña que la gente se ponga enferma; les está bien empleado —y Snap tiró una cacerola con tal estrépito que hizo saltar a Lily.

—El bizcocho no está mal, ¿verdad? Mamá me deja comerlo, pero me gusta más el bizcocho glaseado —dijo, mirando hacia la cocina de al lado, donde estaban glaseando montones de ese tipo de bizcocho.

—Pobre. No tiene sustancia. Los dedos de dama sirven para los bebés, pero el bizcocho tiene demasiada mantequilla para ser sano. Déjalo, come galletas o pasteles de semillas, querida. Ahora, ven; estoy listo —y Snap se alejó cargando el carro a gran velocidad.

Lily corrió detrás para recoger lo que cayera, y miró a su alrededor mientras avanzaba, pues éste era ciertamente un país muy extraño. Lagos de huevos todos batidos, y fuentes calientes de bicarbonato de sodio espumaban aquí y allá listas para su uso. La tierra era azúcar morena o especias molidas; y las únicas frutas eran pasas, grosellas secas, toronjas y cáscara de limón. Era un lugar muy concurrido; pues todos cocinaban a todas horas, y nunca fallaban ni parecían cansados, aunque pasaban tanto calor que sólo llevaban hojas de papel por ropa. Había montones de papel para cubrir el

pastel y evitar que se quemara, y con él hacían gorros y delantales blancos de cocinero, que quedaban muy bonitos. Un gran reloj hecho de una tortita plana, con clavos de olor para marcar las horas y dos palillos de dientes como manecillas, les indicaba cuánto tiempo había que cocer las cosas; y en un lugar se construyó una pared de hielo alrededor de un lago de mantequilla, que cortaban en trozos según querían.

—Hemos llegado. Ahora, apártate mientras los echo al suelo —dijo Snap, deteniéndose al fin ante un agujero en el suelo donde colgaba un montaplatos preparado, con un nombre sobre él.

Había muchos agujeros alrededor, y muchos montaplatos, cada uno con su nombre; y Lily se asombró cuando leyó "Weber", "Copeland", "Dooling" y otros, que ella conocía muy bien.

Sobre el local de Snap se leía el nombre de "Newmarch"; y Lily dijo:

—Vaya, allí es donde mamá consigue su pan de jengibre duro, y a lo de Weber es donde vamos a comprar helado. ¿Les haces pastel?

—Si, pero nadie lo sabe. Es uno de los secretos del oficio. Cocinamos para todos los confiteros, y la gente cree que las cosas buenas salen de las bodegas de debajo de sus salones. Buen chiste, ¿verdad? —y Snap se rio hasta que un crujido le llegó al cuello y lo hizo toser.

Lily estaba tan sorprendida que se sentó sobre una tarta caliente que había cerca y vio cómo Snap enviaba un montón tras otro de pan de jengibre para que se lo

comieran los niños, a quienes les habría gustado mucho más si hubieran sabido de dónde venía, como sabía ella. Mientras estaba sentada, el estrépito de muchas cucharas, el olor de muchas cenas y el sonido de muchas voces que gritaban: "Una vainilla, dos fresas y una Charlotte Russe", "Tres guisos, taza de café, tostada seca", "Pollo asado y sin manzana", llegaban por el siguiente agujero, que estaba marcado como "Copeland".

—He terminado. Vamos, te llevaré de vuelta —dijo Snap, arrojando la última galleta tras el camarero mudo, que se perdía lentamente de vista con su picante carga.

—Me gustaría que me enseñaras a cocinar. Parece muy divertido, y mamá quiere que aprenda; solo que nuestra cocinera odia tenerme alrededor haciendo lío, y se enfada tanto que no me gusta intentarlo en casa —dijo Lily, mientras regresaba a trompicones.

—Mejor espera a llegar al país del pan y aprende a hacerlo. Es un gran arte, y vale la pena saberlo. No desperdicies tu tiempo con pasteles, aunque no está mal tener pan de jengibre en casa. Te lo enseñaré en un santiamén, si el reloj no marca mi hora demasiado pronto —respondió Snap, ayudándola a bajar.

—¿Qué hora?

—La de mi libertad. Nunca sé cuándo he terminado mi tarea hasta que me llaman las campanadas y voy a buscar mi alma —dijo Snap, volviendo sus ojos de grosella ansiosamente hacia el reloj.

—Espero que tengas tiempo —y Lily se puso a trabajar con todas sus fuerzas, después de que Snap le pusiera un delantal de papel y un gorro como el suyo.

No fue difícil, porque cuando iba a cometer un error una chispa salió del fuego y la quemó a tiempo de recordarle que mirara la receta, que era una hoja de pan de jengibre en un marco de masa para tartas colgado delante de ella, con las instrucciones escritas mientras estaba blando y cocido. La tercera lámina que hizo salió del horno picante, clara y dorada; y Snap, dándole un empujón, dijo:

—Está bien. Ahora ya lo sabes. Aquí tienes tu recompensa.

Le entregó un cuaderno de recetas hecho con finas hojas de pan de jengibre y azúcar unidas por una gelatina, con su nombre estampado en el reverso y cada hoja rizada con un cortapastas de la manera más elegante.

Lily quedó encantada con él, pero no tuvo tiempo de leer todo lo que contenía, pues justo en ese momento el reloj empezó a sonar y un tintineo de campanas...

"Pan de jengibre, ve al lugar.
Tu tarea está hecha, un alma has de ganar.
Tómala y ve donde los muffins van,
donde los panes dulces, al cielo se elevarán.
y las galletas el aire de aroma llenan,
¡Lejos! ¡Lejos!
Sin retrasos en el mar de harinas,
lánzate por estas horas.
Seguro en tu pecho, deja el bizcocho,
¡hasta que te levantes con gozo
como un niño de pan blanco!"

—¡jajaja! ¡Soy libre, soy libre! —gritó Snap, recogiendo el cuadrado cubierto de plata que parecía caído del cielo; y corriendo hacia un gran mar blanco de harina, se metió de cabeza, sosteniendo el pastel de levadura abrazado a su pecho como si su vida dependiera de ello.
Lily miraba sin aliento, mientras se producía un curioso movimiento y burbujeo, como si Snap estuviera dando vueltas allí abajo como un pequeño terremoto. Los otros pasteleros la acompañaban en la orilla, pues era un gran acontecimiento y todos se alegraban de que el querido compañero hubiera ascendido tan pronto. De pronto se oyó un grito, y al otro lado del mar se alzó una hermosa figura blanca. Movió la mano, como diciendo «adiós», y corrió por las colinas tan deprisa que sólo tuvieron tiempo de ver lo regordete y hermoso que era, con una pequeña perilla en lo alto de la cabeza a modo de corona.
—Se ha ido a la tierra feliz, y lo echaremos de menos; pero seguiremos su ejemplo y pronto volveremos a encontrarlo —dijo un tierno Bizcocho, con un suspiro, mientras todos volvían a su trabajo; mientras Lily se apresuraba tras Snap, ansiosa por ver el nuevo país, que era el mejor de todos.
Un delicioso olor a pan fresco soplaba desde el valle cuando ella se encaramó a la cima de la colina y contempló la apacible escena que se extendía a sus pies. Campos de grano amarillo ondeaban a la brisa; vides de lúpulo crecían de árbol en árbol; y muchos molinos de viento hacían girar sus blancas velas mientras molían los diferentes granos hasta convertirlos en harina fresca y

dulce, para las hogazas de pan que construían las casas como ladrillos y pavimentaban las calles, o en muchas formas formaban las personas, los muebles y los animales. Un río de leche fluía por la pacífica tierra, y fuentes de levadura subían y bajaban con una agradable espuma y efervescencia. El suelo era una mezcla de muchas harinas, y los caminos eran de castilleja, lo que daba un aspecto muy alegre a la escena. Las flores de sarraceno florecían en sus sonrosados tallos, y los altos tallos de maíz agitaban sus hojas en el cálido aire que llegaba de los hornos ocultos en las laderas; pues el pan necesita un fuego lento, y un volcán servicial se encargaba aquí de la cocción.

—¡Qué lugar tan bonito! —gritó Lily, sintiendo el encanto del paisaje hogareño, a pesar de la gente graciosa y regordeta que se movía por ahí.

Dos de estas figuras salieron corriendo a su encuentro mientras bajaba lentamente por el sendero amarillo de la colina. Uno era un niño dorado, de rostro radiante; el otro, una niñita con una brillante capa marrón, que parecía tener un sabor muy agradable. Ambos pusieron una cálida mano en la de Lily, y el niño dijo:

—Nos alegramos de verte. Muffin nos dijo que vendrías.

—Gracias. ¿Quién es Muffin? —preguntó Lily, sintiendo como si hubiera visto a estas dos personitas antes, y le gustaran.

—Antes era Ginger Snap, pero ahora es Muffin. Empezamos así y poco a poco nos convertimos en el pan perfecto. Mi nombre es Johnny Cakel, y ella es Sally

Lunn. Ya nos conoces, así que ven y corramos una carrera.
Lily estalló en carcajadas ante la idea de jugar con aquellos viejos amigos suyos; y los tres echaron a correr tan rápido como pudieron, colina abajo, por un puente, hasta el centro del pueblo, donde se detuvieron, jadeantes, y se sentaron a descansar sobre unos panecillos muy blandos.
—¿Qué hacen todos aquí? —preguntó Lily, cuando recuperó el aliento.
—Cultivamos, estudiamos, horneamos, elaboramos cerveza, y estamos tan contentos como los duendes todo el día. Ya es hora de ir a la escuela y debemos irnos. ¿Quieres venir? —dijo Sally, saltando como si le gustara.
—Nuestras escuelas no son como las suyas; sólo estudiamos dos cosas: el grano y la levadura. Creo que te gustará. Hoy tenemos levadura, y los experimentos son muy divertidos —agregó Johnny, trotando hacia una alta torre marrón de centeno, donde estaba la escuela.
A Lily nunca le había gustado ir a la escuela, pero le daba vergüenza reconocerlo; así que fue con Sally y se divirtió tanto con todo lo que vio que se alegró de haber ido. El pan marrón era hueco y no tenía techo; y cuando preguntó por qué usaban una ruina, Sally le dijo que esperara a ver por qué habían elegido paredes fuertes y mucho espacio por encima. Alrededor había un círculo de galletas muy pequeñas, a modo de cojines, sobre los que se sentaban los niños del Pan. Un pan cuadrado en el centro era el escritorio de la maestra, y sobre él había una espiga de trigo, con varios frascos de levadura

bien tapados. La maestra era una agradable y regordeta señora de Viena, muy sabia, y tan famosa por su buen pan que era catedrática de Granología.
Cuando todos estuvieron sentados, empezó con la espiga de trigo, y les contó todo sobre ella de una manera tan interesante que Lily se sintió como si nunca antes hubiera sabido nada sobre el pan que comía. Los experimentos con la levadura fueron muy emocionantes, pues Fraulein Pretzel les enseñó cómo funcionaba hasta hacer saltar el corcho y cómo se elevaba hasta el cielo si se conservaba demasiado tiempo; cómo se volvía agria o plana y estropeaba el pan si no se tenía cuidado de utilizarla en el momento justo; y cómo un exceso hacía que la hogaza subiera hasta quedar sin sustancia.
Los niños estaban muy alegres, pues se alimentaban con los mejores tipos de avena y pan Graham, con muy poco pan blanco o pasteles calientes para estropear sus jóvenes estómagos. Eran niños y niñas cordiales y alegres, y sus almas de levadura estaban muy vivas, pues bailaban y cantaban, y parecían tan brillantes como si la acidez, la pesadez y el moho fuesen totalmente desconocidos.
Lily estaba muy contenta con ellos, y cuando terminó el colegio se fue a casa con Sally y cenó el mejor pan con leche que había probado nunca. Por la tarde Johnny la llevó al maizal y le enseñó cómo mantenían las espigas sin moho ni gusanos. Luego fue a la panadería, y allí encontró a su viejo amigo Muffin trabajando duro para hacer los panecillos de Casa Parker, pues era tan buen

cocinero que se puso a trabajar enseguida en los tipos de pan más ligeros.
—Bueno, ¿no es esto mejor que el país de los Dulces o Saccharissa? —preguntó, mientras enrollaba y doblaba sus trocitos de masa con una pizca de mantequilla dentro.
—¡Mucho mejor! —exclamó Lily—. Ya me siento mejor y quiero aprender todo lo que pueda. Mamá estará encantada si aprendo a hacer buen pan cuando vuelva a casa. Está chapada a la antigua y le gusta que sea una buena ama de casa. Entonces el pan no me parecía interesante, pero ahora sí; y la madre de Johnny me va a enseñar mañana a hacer pasteles indios.
—Me alegra oírlo. Aprende todo lo que puedas, y cuéntale a los demás cómo hacer cuerpos sanos y almas felices comiendo buena comida sencilla. No así, aunque estos panecillos son mejores que los pasteles. Tengo que trabajar mi camino hasta el pan perfecto, ya sabes; y entonces, oh, entonces, seré feliz.
—¿Qué pasa entonces? ¿Vas a algún otro lugar maravilloso? —preguntó Lily, mientras Muffin hacía una pausa con una sonrisa en la cara.
—Sí, me come algún ser humano sabio y bueno, y me convierto en parte de él o ella. Eso es la inmortalidad y el paraíso; porque puedo alimentar a un poeta y ayudarle a cantar, o alimentar a una buena mujer que hace que el mundo sea mejor por estar en él, o ser desmenuzado en la papilla dorada de un bebé príncipe que va a gobernar un reino. ¿No es ésa una manera noble de vivir, y un fin por el que vale la pena trabajar?

—preguntó Muffin, en un tono que hizo sentir a Lily como si una especie de levadura fina se hubiera introducido en ella, y estuviera poniendo su cerebro a trabajar con nuevos pensamientos.
—Sí, lo es. Supongo que todas las cosas comunes están hechas con ese propósito, si tan sólo lo supiéramos; y la gente estaría encantada de hacer cualquier cosa para ayudar al mundo a avanzar, incluso hacer buen pan en una cocina — respondió Lily, de una manera sobria que mostraba que su pequeña mente ya estaba digiriendo el nuevo alimento que había recibido.
Permaneció mucho tiempo en la Tierra del Pan, y disfrutó y aprendió muchas cosas que nunca olvidó. Pero por fin, cuando hubo hecho la hogaza perfecta, quiso volver a casa para que su madre pudiera verla y probarla.
—He puesto mucho de mí misma en ello, y me encantaría pensar que le he dado fuerzas o placer con mi trabajo —dijo, mientras ella y Sally contemplaban la hermosa hogaza.
—Puedes irte cuando quieras; sólo tienes que tomar el pan en tus manos y desearlo tres veces; y estarás donde tú digas. Siento que te vayas, pero no me extraña que quieras ver a tu madre. No olvides lo que has aprendido, y siempre te alegrarás de haber venido con nosotros —le dijo Sally, despidiéndose con un beso.
—¿Dónde está Muffin? No puedo irme sin verlo, mi querido y viejo amigo —respondió Lily, buscándolo con la mirada.

—Está aquí —dijo Sally, tocando el pan—. Estaba listo para irse, y prefirió pasar a tu pan antes que a cualquier otro; porque dijo que te quería y que estaría encantado de ayudar a alimentar a una niña tan buena.
—¡Qué amable de su parte! Debo tener cuidado de crecer sabia y excelente, de lo contrario él se sentirá decepcionado y habrá muerto en vano —dijo Lily, conmovida por su devoción.
Luego, despidiéndose de todos, abrazó su pan con fuerza, deseó tres veces estar en su propia casa y, como un rayo, allí estaba.
No sé si sus amigas creyeron la maravillosa historia de sus aventuras, pero lo que sí sé es que desde aquel día fue una buena ama de casa, y que hacía tan buen pan que otras muchachas venían a aprender de ella. También pasó de ser una niña enfermiza e inquieta a una mujer buena y fuerte, porque comía muy poco pastel y dulces, excepto en Navidad, cuando a las mayores y a las más sabias les encanta hacer una breve visita al país de los Dulces.